

Estuve el viernes en Valladolid haciendo lo que podríamos llamar turismo procesional. Hay muchas cosas interesantes para ver en España en estas fechas, y la procesión de Valladolid es una de ellas. Hay otras más: los tambores de Calanda, de Alcañiz o de Híjar; los «picaos» o disciplinantes de San Vicente de la Sonsierra, en la Rioja; los «empalaos» de Valverde de la Vera, en Cáceres; la subida al Calvario en el pueblo de Bercianos de Aliste, en Zamora. Y las procesiones de Granada, de Cuenca, de Orihuela, sin hablar de la de Sevilla, que vi hace ahora dos años, y que es, para mí, el más formidable espectáculo que he presenciado en mi vida. Con esto de las procesiones me ha ocurrido a mí una cosa. Durante largos años he visto poco menos que con terror la llegada de la Semana Santa. Hoy las cosas han cambiado algo. Ahora se dictan disposiciones pintorescas, como, por ejemplo, la que han dictado este año, según la cual el Jueves y Viernes Santos solamente podían abrirse los cines que proyectaran películas «toleradas». La televisión y la radio han limitado sus programas musicales a «música clásica e instrumental», apropiadas, al parecer, para el «recogimiento» que caracteriza a estos días. Estas son cosas ridículas, «entrañablemente nuestras», pero antes era mucho peor. El país estaba «tomado» por las celebraciones. Los estudiantes veíamos arruinadas nuestras vacaciones y había que darse maña para no encontrarse un desfilando con el capirote puesto y un cirio en la mano. Podía ser francamente peligroso pedir en una «tasca» un pincho de chorizo y uno se sentía un héroe si lo hacía. «¿Dónde piensas pasar la Semana Santa?», preguntaba uno a un amigo, y éste respondía: «En un lugar donde no haya procesiones». Parece ser que había en España algunos pueblos en los que uno podía liberarse de los amenazadores ritos. En las grandes ciudades, en Madrid, por ejemplo, se hacían notar antes mucho más que ahora las celebraciones de Semana Santa. Había altavoces a la puerta de algunas iglesias, que ensordecían las calles con oraciones pronunciadas con sacerdotal acento. Un Viernes Santo, un amigo mío se quedó «sitiado» con una chica extranjera que le acompañaba dentro del circuito de la procesión, en el centro de Madrid. Como no les permitían salir de allí y calcularon que tenían que esperar varias horas hasta que hubiera terminado el desfile, se les ocurrió la peregrina idea, propia de gente inexpérimentada y poco conocedora del país, de buscar una pensión donde pasar juntos la tarde. Mi amigo asegura que la pensión a la que fueron a parar tenía aspecto de ser de las que «reciben» habitualmente. Pero el caso es que, cuando le expusieron su pretensión a la señora, ésta empezó a gritar mientras les empujaba escaleras abajo, diciendo: «¿Qué se han creído? ¡Esta es una casa decente! ¡Qué desfachatez!». Y añadía, levantando las manos al cielo: «¡Y en Viernes Santo!».

Digo todo esto porque no cabe duda

silla de pista

PROCESION EN VALLADOLID

que en los últimos años se ha notado en España cierto alivio, no mucho, desde luego, pero sí un poquito de alivio en esta «presión cofradiera» de la Semana Santa. Y esto hace que hoy empecemos a estar en situación de contemplar con cierta distancia, con cierto despegue o «detachment» personal, estas celebraciones. Tenía yo este año curiosidad por ver una procesión de Semana Santa en Castilla, con su fama de solemne austeridad que todos los años por estas fechas se encargan de glosar abundantemente los medios de información del establecimiento. En mi viaje a Valladolid me detuve en el pueblo de Alcazarén, no lejos de Olmedo, donde vive el novelista José Jiménez Lozano, para preguntarle si quería acompañarme. Accedió gustoso, diciendo: «Hombre, por fin veré la procesión de Valladolid, que no la he visto nunca». Paseamos juntos por la ciudad y me fue contando muchas cosas de su historia. «Aquí se celebraban los autos de fe de la Inquisición», me dijo al llegar a la Plaza Mayor. «Aquí, los autillos», ante la portada de San Pablo. El ambiente de Semana Santa y las vestiduras de los nazarenos le traían a la mente estas asociaciones. Me

mostró, junto a la iglesia de San Miguel, el lugar donde estuvo la casa de Cazalla, el obispo protestante que fue quemado vivo con toda su familia por el Santo Oficio. Después de pasear por la ciudad fuimos al edificio de «El Norte de Castilla». Desde los balcones de este querido periódico presencié yo el paso de la procesión del Viernes Santo.

La colección de obras de la imaginería castellana que se saca a la calle en Valladolid en la Semana Santa es verdaderamente admirable. Hay obras de Juan de Juni, de Gregorio Fernández, de Francisco del Rincón, que fue maestro de este último, y de otros imagineros del siglo XVII de menos fama que los anteriores, aunque de parecida calidad, como Francisco Díaz de Tudanca, Juan de Avila, Pedro de la Cuadra y otros. Hay también un Cristo Crucificado que se atribuye al escultor italiano Pompeo Leoni. Si tuviera que elegir alguna obra entre la treintena que pude ver el otro día, quizá me decidiera por la escultura llamada «El Señor atado a la columna», de Gregorio Fernández, aunque sin olvidar «La Piedad» y el Cristo Yacente, también de Gregorio Fernández, y el prodigioso grupo de Francisco del Rincón, «La elevación de la Cruz», así como la Virgen de las Angustias, de Juan de Juni, la expresión de dolor de cuyo rostro es tan real que ha dado pie a la leyenda de que su autor, al tallarla, se inspiró en la agonía de una de sus hijas, que había muerto poco tiempo antes.

No me pareció apreciar en el curso del desfile procesional esa solemne y severa compostura que se atribuye comúnmente a la Semana Santa castellana en contraposición a la andaluza. No había ese silencio sepulcral, sólo roto por el redoble de los tambores, que se dice. Los puristas se quejaban de que los comerciantes hubieran dejado encendidas las luces de los escaparates, quitando con ello «misterio y emoción» al desfile. La «escenografía», por decirlo de alguna manera, estaba más bien descuidada. Las imágenes de la procesión sevillana son inferiores a las que se exhiben en Valladolid, pero la escenificación de la Semana Santa es en Sevilla realmente extraordinaria. La ciudad se convierte por unos días en un grandioso escenario en que las cofradías, con sus pasos, y los espectadores —dicho sea esto sin perjuicio de los sentimientos religiosos que inspira a muchas personas— representan una función de teatro de una extrema perfección.

Las procesiones de Semana Santa tienen siempre algo de asombroso. Uno no da crédito a sus ojos, como suele decirse, cuando ve aparecer, doblando una esquina, a una serie de encapuchados, algunos de ellos descalzos y cargados con cruces, que arrastran una imagen lacrada. ¿Estaremos realmente en el siglo XX?, se pregunta uno. La cosa es realmente muy poco actual y el hecho de la rozagante perpetuación de estas celebraciones es un dato elocuente para la historia del país. ■ **LUIS CARANDELL**.

